

EL hábito del café con leche que tomaba a la madrugada la había despertado, y ahora, acostada e invisible en la oscuridad del cuarto, fumaba, con pitadas lentas y seguras, enrojeciendo las sombras, en un ritmo de pausas casi iguales, con la pequeña brasa del cigarrillo. Por entre las persianas se colaba apenas la débil claridad del farol de la calle, cayendo sobre el piso, donde hacía una mancha fantasmal, blanquecina, como un agua sutilísima diluyéndose. Y mientras miraba el humo espeso trepando por el pequeño rayo de luz, su atención discurre por dos distintos pensamientos: pensaba en la camiseta colgada en el balcón y que había olvidado retirar, y, en ráfagas, acudía a ella la inquietud que le causaba el hombre cuya angustia contenida advirtiera en los fútiles días, sin que, absurdamente, ni aun a sí misma se lo quisiera confesar. Estiró la mano y el clic del conmutador de la lamparilla precedió a la luz. Y saltó entonces de la cama, sintiendo que ahora, fuera de las sábanas las piernas, el calor se le enroscaba en los muslos y en las pantorrillas.

—¡Puf! ¡Qué noche! —barbotó, mientras arrojaba el resto del cigarrillo al suelo.

Y quedó parada frente al espejo ordinario del armario, lleno de reflejos amarillos de la luz de la lamparilla. Quedó mirándose. La camisa, ceñida al cuerpo, hacía resaltar la opulencia de las caderas bajo los pechos breves y erguidos. Se pasó la mano por el vientre, alisando la camisa, y con un suspiro ligeramente despectivo se acercó a la mesa donde estaba el reverbero. Lo encendió y la luz azulada le tocó el rostro, remarcando las ojeras y las facciones, cuyo conjunto formaban, en su armonía, un raro contraste con cada uno de los rasgos irregulares, donde los músculos tensos revelaban una densa cualidad de vida: como si un dolor profundo, unido a un irreconciliable asco por algo, le hubieran dado una traza indefinidamente trágica.

—Las tres, —se dijo.

Y aspiró profundamente, sintiendo que el aroma denso del cigarrillo rubio, al fundirse con el olor ambiguamente dulce de perfume barato y jabón de tocador, le producía una sensación casi desagradable.

Dió unos pasos lentos hacia la mesa de luz, y cuando su mano se estiraba hacia la caja de cigarrillos, tuvo la inquietante sensación de que alguien había detrás de la puerta, y se irguió, en un instante en que el tiempo pareció inmovilizarse, escuchando atentamente. Y sólo entonces adquirió conciencia de que había escuchado, en tanto encendía el fósforo, un leve ruido de pisadas en la escalera y en el corredor de piso de madera, que imaginó, ahora, débilmente iluminado por la lámpara de pocas bujías colocada en un extremo.

Se detuvo, mientras fijaba los ojos, brillante la negra y dura mirada, en la puerta pintada con un marrón desvaído que había lavado el tiempo. Dió un paso y vio entonces, y se detuvo, que la puerta se había lentamente, y aparecía la magra figura del hombre, de pie, inmovilizado ahora con el reflejo más intenso de la luz en los ojos, con una mano tendida hacia adelante sobre el viejo picaporte, los ojos hundidos en las oscuras ojeras, el rostro palidísimo bajo el marco de cabello de color de paja lavada y el pequeño bigote rubio que le daban un aspecto antiguo y gastado. El hombre no habló, y ella quedó quieta mirándolo, con la voz en la garganta, que dijo, por fin, con un esfuerzo que no quería denotar violencia: —Entrá. ¿Qué te pasa?

Y el hombre dió un paso, como si pisara el aire, como si estuviera desnudo de su cuerpo y él no lo supiera. Porque el tiempo, para él, no transcurría, y era un solo seco instante, detenido como una placa con sus siempre idénticas figuras, y él estaba quieto, encerrado en el calor y el aire con aroma de cigarrillo y perfumes baratos, mirándola sin verla, puestos los ojos en su interna realidad, en un mundo sin época ni espacio, ausente de la precisa desnudez de sus formas bajo la ceñida camisa.

II

Fué una forma de la piedad, no sólo de él sino también de sí misma, lo que la había arrastrado, con un impulso que se sostenía en un rincón recóndito que aún no podía precisar, hacia el hombre débil de pequeña estatura, cuya palidez lunar la atraía con una durísima ternura y descubriendo bajo esa externa y casi risible forma de virilidad que era el pequeño bigote rubio al niño indefenso, de actitudes pueriles, que huía intimidado de las miradas de la gente, sonriendo, y encontrando en la sonrisa la coraza que necesitaba para la vida y que, en los instantes en que intentaba denotar valor, adquiría una súbita audacia que se teñía de rubor. Piedad de sí misma, que se compadecía a sí misma, transfiriendo el compadecerse a sí al compadecer a otro, ya que su orgullo le hubiera impedido confesarse su propia debilidad. Y así el amor que tenía en ella una inconsciente cualidad de fraternidad, le hacía compadecer a esa otra debilidad, a esa estricta indefensión que el hombre precisaba en cada uno de sus gestos y ademanes y en su voz, quebradiza, como si al hablar se asustara de sus propios sonidos y pensamientos. Y compadeciéndolo se compadecía en un trágico darse y poseer.

El hombre rubio tocaba el bandoneón, y era quizás allí únicamente donde encontraba una cualidad de

reciedumbre, pareciendo acompañar entonces, mientras sostenía el instrumento con una serena seguridad, todos sus gestos con las notas que escuchaba a veces como si no fuera él quien las produjera. Como si vieran, sostenidas apenas por un hilo de único e inexplicable equilibrio, de algún modo en que antes hubiera vivido y cuya memoria sólo entonces adquiriera la vívida prestancia del recuerdo. Se sentía ligado al bandoneón como si fuera un ser viviente con quien pudiera hablar y que respondiera, con una activa docilidad, a sus caricias, y dejándose rodar, rendido y



trascendido, en una constante evasión de sí mismo, como si emancipado por la música, espiritualizara su carne.

Cuando llegó para instalarse en la pensión, la mujer le había visto llegar, con la caja del bandoneón colgando de un brazo y (pareciendo sostenerse así en un aparentemente inaudito equilibrio) una gruesa valija en el otro, con su antiguo aire desvalido, portador quizás —pensó la mujer sin saber ella misma que lo pensaba— de algún extraño mensaje que él tampoco conocía. Y cuando colocó, con el inseguro ademán de quien creyera que ha de faltarle el piso, su valija y el bandoneón en el suelo, toda la magra figura rubia era como una caricatura de sí misma. Y viéndolo, la mujer experimentó, por primera vez, una ardua curiosidad, que despertó en ella, casi contra su propia voluntad de rudeza, una extraña piedad que la llenó con un sentimiento que se asemejaba al asombro. Y empezó entonces a espiarlo, buscándolo por los corredores, con una obstinada persecución en la cual no sabía si era ella la acosada o la acosadora. El hombre le huía con una tenaz timidez, a la que mezclaba, como a su pesar y enajenado, la única forma de su audacia: las densas y fijas escrutadoras miradas que creía ella no veía nunca y que ella veía siempre. Una tarde que el hombre subía la escalera, ella, que la

descendía, apresuró el paso hasta que se encontraron frente a frente, tocándose los cuerpos en los angostos escalones. Y en ese instante ella vio por vez primera una tensión absoluta en los músculos del rostro y en la mirada del hombre. Y ambos se sintieron bañados en una misma seca ola de deseo. Pero ella se apartó de golpe, con una sonrisa al mismo tiempo círica y tierna. No obstante, cuando el hombre entró en su pieza, ella lo siguió.

Entró sin golpear, con un ligero paso como de danza, y se aproximó a él. Tenía el aspecto a la vez desenvuelto y jubiloso de quien descubre de golpe el correr de la sangre por las venas, el latir de las arterias y sabe entonces que la vida no le es ajena ni extranjera, sino que está profundamente allí, en la carne febril y ardorosa, en los nervios tensos captando las sensaciones, las pequeñas partículas de vida que flotan en derredor, conmoviéndose. Los senos erguidos correspondían con la mirada, abierta y franca, y las manos tendidas adelante, con las palmas vueltas hacia arriba como ofreciendo algo, se aproximaron hacia él tocándole ligeramente el pecho.

—Te espero, —le dijo.

La voz, ligeramente metálica, se incorporó sin esfuerzo a los ruidos lejanos de tachos entrecuchándose y al olor denso de comida que venía desde el fondo de la casa. Al hombre le tembló imperceptiblemente el labio superior, con algo de movimiento animal, de belfo estremecido:

—Esta noche.

Y se movió un poco hacia adelante, venciendo un miedo que parecía quedarse ahora en el exacto sitio que había ocupado su cuerpo a su espalda. Sentía las palmas calientes apoyadas firmes sobre sus tetillas, en tanto la mujer tiraba la cabeza hacia atrás, sin violencia, irguiendo el busto. El contacto de las manos le dolía casi en la carne, pero permanecieron así, quietos, durante unos segundos. Entonces el hombre se separó, buscando el refugio claro, bordeado de sol, de la ventana.

—Luego voy —confirmó.

Y se dió vuelta enteramente, con la mirada fija en el pequeño duraznero casi florecido. Ella salió con pasos lentos y seguros, y en su actitud no había signo de inquietud ni espera. Sabía que el hombre iría. Y el hombre fué esa noche, a la pieza de ella, que desde entonces ocuparon juntos, seguidos, al principio, y de lejos, por los murmullos burlones de los otros pensionistas. Y adaptaron sus vidas a un ritmo parejo en que combinaban el trabajo de la mujer en el cabaret y el trabajo del hombre en una orquesta. E incluso los pequeños desequilibrios y los dóciles silencios del hombre, atraían aun más a la mujer con un súbito reflorecimiento de ternura, en la que se ligaban lo que en ella había de más cruelmente trágico y sus sonrisas y miradas llenas de una expectante ironía.

III

Ahora sobre la luna ordinaria se reflejaban las dos formas, desfiguradas, con una caricaturesca igualdad, oscurecidos y sin precisión, como transferidos a un mundo irreal, mientras las sombras de sus cuerpos caían sobre el suelo, igualados en la densidad de la luz, y tocándose las sombras de sus cabezas. La mujer tenía erguido el busto, echada hacia atrás la cabeza, con el pelo despeinado cayendo sobre la espalda. El hombre con la cabeza inclinada, el pelo caído sobre la frente, con una líquida mirada que no alcanzaba a ver nada. Porque el hombre había venido por la calle, con el rostro hierático y en éxtasis, laxos los brazos y pisando cuidadosamente las baldosas, con una forma de automatismo que lo llevaba, ausente de sí mismo, hacia el lugar que la costumbre había creado como una fascinación, y sin tener ante sí ninguna precisa realidad, sino circundado por un único y angustioso mundo de notas, de sonidos que sumaban sus ondas rítmicas y armoniosas, caminando bajo un cielo caliente y oscuro, con una luna alta con aspecto de fantasma con sudario sucio.

Pero ahora la voz de la mujer, llegándole, extranjera, de una lejanísima distancia, lo estremeció en un esfuerzo por volver a la realidad. Se detuvo ante ella, y con un movimiento súbitamente violento, como si el saco lo ahogara, se quitó el saco y lo arrojó sobre la cama, donde quedó arrugado y vacío, desprovisto del cuerpo, parecía un cadáver de paño. El pecho débil del hombre rubio se dilató, absorbiendo aire, mientras que, en camisa, toda su figura tomaba una cualidad más desvalida y miserable.

—¡Dame agua! ¡Agua!

Y su voz sonó extraña, con una alucinante vibración mortuoria, fundiéndose en el metal vibrante y no obstante rígido de la voz la angustia e incertidumbre de no ser él lo que él sentía ser dentro de sí mismo y la pesada y abrumadora certeza de ser lo que en él veía la mujer — la mirada, viva de pronto, cargada de anhelo.

—Ya.

Dió un paso hacia atrás, y las zapatillas calzadas en forma de chancletas resonaron sobre el piso, y fué como si el ruido y el calor, (algo dentro del hombre lo sintió así) formaran una unidad. Y el hombre vió, de pronto, que la mano de la mujer, levemente temblorosa, sostenía el vaso a la altura de sus labios. Bebió, replegándose en un gesto de desagrado y asco: —Quiero agua. Agua pura.

Una sed atroz lo ahogaba, y lo obsedía el anhelo de hundir su cuerpo en algo limpio y refrescante, o de hundir en su cuerpo un torrente que calmase el fuego que sentía en las venas, quemándolo, reptando incontenible por sus músculos y nervios. Enteramente poseída su piel —allí sobre la yema de los dedos— por una agudísima sensibilidad que le hacía sentir el calor como si fuera algo sólido que se le apretara al cuerpo, con una fuerza de tenazas calentadas al rojo vivo. Jadeó, aproximándose a la mujer que aún sostenía el vaso, endurecida ahora, y que, impotente, le conminaba sin convicción ni esperanza:

—Tranquilízate... ¡Tomá! ¡Tomá!

El hombre, brillantes y duros los ojos, pero con el rostro en una dolorosa expresión implorante, se acercó aun más, pasando los labios sobre el vaso. Sorbió bruscamente, sin tomar el vaso en sus manos. Y todo su rostro, y aun el flaco cuerpo, se conmovió en una desesperante desolación.

—¡Sal! ¡Tiene sal!

Y había en su voz no ira ni encono, sino sólo desesperanza y súplica.

—¡Sal! ¿Por qué le echaste sal?

Echó la cabeza hacia atrás, con un rápido movimiento, dejándola caer en seguida sobre el pecho, con una agonizante sacudida, mientras su jadear se hacía más intenso, y adquiría, poco a poco, el exacto sonido de un sollozo.

—¡No quiero sal! —dijo. ¡No quiero! ¡No quiero!

Y calló, mientras crecía, desbordándose nuevamente en él, una ola furiosa de música, ahora funeral y aterrizante, como si uno a uno, lenta pero inevitablemente, fuera la muerte ganando todos sus órganos y miembros. Y la vida, su propia vida, era ya para él dos fotografías superpuestas, en dos planos que no se correspondían, porque en tanto que veía a la mujer con el vaso de agua levantado hasta sus labios, y martirizado el mismo por un irrefrenable deseo de beber, veía también, y no sabía dónde, un cadáver, de pie a pesar de la muerte, con el rostro terriblemente desfigurado, que intentaba inyectarse a sí mismo una inyección en la palma de la mano, poniendo una mueca de horroroso sufrimiento, en un último y desesperado esfuerzo por volver a la vida venciendo a la muerte.

—¡El muerto!... ¡El muerto! —sollozó.

Y ya en el lancinante caos de la locura, sintió que él mismo era el desesperado cadáver. El desesperado cadáver que sufría de su muerte, mirándose al espejo el rostro de momia, la carne grisienta y rígidos los músculos. Y sentía que el cadáver lloraba a mares, porque la lanceta de la inyección, oxidada, no quería penetrar en la carne durísima, en la palma de la mano distendida, fría de muerte y ardorosa de anhelo.

—¡La sal para el muerto! Para mí, ¡no! ¡No!

Sus ojos se dilataron, rígidos de golpe y enormemente brillantes las pupilas:

—¿Yo soy el muerto?... ¡No quiero! ¡No quiero!

Y la mujer comprendió ahora, con un oscuro estremecimiento que no se exteriorizó ni en gestos ni palabras. Que sólo le recorrió la sangre, en tanto que el hombre, tembloroso, en el último instante de la total dispersión de sí mismo, sentía que de entre las últimas modulaciones de la inexistente música que envolvía al cadáver —a sí mismo— crecía, audaz e incontenible, un aullido feroz de perro que se queja, llamando al muerto. Y el cadáver sabía que era un perro negro, aullando afuera, en medio de la noche, puesta de golpe inconcebiblemente blanca y alucinante.

te. Y el perro aullaba, pertinaz, con un aullido gimiente, que estaba no obstante más allá del dolor o de la rabia, pero que lo sobrecogía infundiéndole en un terror milenar, que le iba arrancando —a él, al cadáver— un grito balbuciente y doloroso, —trágico grito de horror del primer hombre en medio del misterio hirviente de la selva. “No!” —quisieron decir sus labios.— “No!” Pero al esfuerzo de sus músculos por articular las sílabas sólo le respondió un silencio duro y frío. Y cayó, entonces, arrodillado, con el terror hecho carne, y con un grito tremendo en el que la voz había perdido todo acento varonil, y no obstante no era tampoco femenina. La mujer intentó un paso hacia adelante, sin poder darlo, avanzando sólo el busto, en una ardorosa paralización de todas sus fuerzas. Y el grito, que había llenado la casa, se repetió con una demente lamentación que le daba una cualidad de cosa interminable.

Y se fué llenando entonces la pensión con todos los lentos, al principio, ruidos de gentes que despier-tan. Se oían rápidas pisadas de pies descalzos. Y cre-



cían los murmullos interminantes, aunándose cada vez más, en un único murmullo que llenaba la casa, con voces cada vez más nítidas, más cargadas con un acento de sangre que se apresura. Se encendían las luces. Y un avance preciso, de grupos que venían de distintos puntos, se aproximaban hasta detrás de la puerta cerrada. La mujer, inmóvil frente al hombre arrodillado sollozante, sintió, casi dentro de sí misma, con la extraordinaria y estricta impresión de que una mano le estrujaba los pechos y el corazón, una voz que pedía silencio, mientras una cabeza se apoyaba contra la puerta, con un pequeño pero inconfundible ruido. Se hizo entonces un instante de silencio denso, como si todas las voces y sonidos se hubieran sumado en un último instante, para quedar apresadas luego en quién sabe qué lejano y oscuro recinto. Y el silencio, casi doloroso, fué roto de pronto por el premioso sonido de unas chancletas golpeando los escalones de la escalera, mientras una voz ronca de sueño, interrogaba:

—¿Qué? ¿Qué pasa? — con un lento y apenas modulado murmullo, como si la voz, premiosa, no quisiera salir de la garganta.

La mujer escuchó una sucesión de rápidos chistidos, inerte, y luego, con una brusca y seca y rápida sacudida, en que toda su zozobra tomaba un seguro perfil, sintió que un hombro se apoyaba sobre la puerta y empujaba. Y otra vez el silencio la envolvió, sólo entrecortado por su propia respiración, anhelante, dolorida. La presión del hombro sobre la puerta hizo rechinar la madera, con un ronquido duro y prolongado. Y entonces un segundo hombro, la mujer lo intuyó a pesar de que sus ojos y su tensión se detenían cada vez más sobre el hombre arrodillado, se apoyó contra la turbia madera, al par que una voz de mujer jadeaba:

—Empujen más. Más fuerte.

Y de pronto saltó el pestillo, y una turbia muchedumbre de ojos se hizo presente en la penumbra, fantasmales, mientras las manos se agitaban, tocando los hombros que estaban adelante, porque los ojos querían ver. Callaron todos, de golpe, como si una rabia o una risa súbita los paralizara, y el silencio, más denso aún por la presencia de los cuerpos, se hacía cada vez más hiriente. Entonces se oyó una risa. Y otra. Y una voz que gritó:

—¡Ta mamado!

La mujer dió vuelta la cabeza, quedando su perfil en una exacta línea sobre el hombro, y sus ojos tuvieron un súbito y rápido reflejo de crueldad. Entreabrió la boca como para decir algo, pero quedó callada, escuchando.

—¡Mamado! ¡Mamadazo!

Y hubo un instante de silencio expectante, del cual salió de pronto una voz:

—¡No! —gritó— ¡Está chiflado!

—¿Chiflado?

—¡Chiflado!

—¡Sí! ¡Sí! ¡Chiflado!

Y todos callaron, inertes los rostros, agrandados ahora los ojos ante la revelación y el instantáneo descubrimiento, como si al saberlo, en un instante de durísimo tránsito, todas las cosas oscuras de la vida se aclararan. Y en ese instante que mediaba entre los gritos y su presencia erguida en el silencio, desnuda bajo la camisa, en un entero vibrar de su carne, la mujer supo que ahora, en este único momento, vivía, al compadecerse del hombre dentro de ella, la fraternidad pristina y última, la íntegra vibración de sus pechos, en un segundo de casi alucinada maternidad en que protegía con su presencia al hombre, envueltos ambos por las miradas expectantes y las burlas que sabía calladas y presentes y rodeados por un ámbito de muerte, de duro transcurrir de una agonía en la carne pálida y el cabello rubio del hombre. Y en ese compadecerse, y naciendo de él, sólo hubo una palabra:

—Tú! —dijo, y oscilaba en un mundo en que la crueldad era la expresión misma de lo que en ella había de más piadoso. Y se quedó mirándolo, con una mirada intensa, de odio, piedad y sufrimiento, que le llenaba el rostro, concentrada su vida en el brillo tremendo de los ojos y en la boca, con una suave dureza, donde el dolor pasado y una dicha nueva e inexplicable crecían. Le pasó la mano por el cabello, lentamente y en silencio, mientras sentía, alucinadamente, que a sus espaldas, por detrás de los cristales del balcón, el amanecer venía con su armonioso trotar de viejo galgo.

ARTURO SERGIO VISCA